

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 255.

Alicante 16 de Octubre de 1875.

Año VI.

CAUSAS DE NUESTROS ERRORES.

II.

Nada hay mas general que ciertos talentos que, contentándose con un estudio superficial y vago, todo lo tocan superficialmente sin profundizar nada; y cuando debieran ser muy reservados y modestos, deciden de todo con un tono magistral y resuelto. Una de las incurables manías de los que se tienen por sabios y de brillante ingenio, es quererlo saber todo y erigirse en doctores, aun en lo que solo conocen á medias; y de aquí ha procedido de un siglo á esta parte ese diluvio de sistemas en materia de moral, de política y de educacion, capaces de trastornar el mundo entero: de estos mismos dice Pascal en el título XIX de sus pensamientos, «que tienen alguna tintura de la ciencia, se hacen los entendidos, turban al mundo y juzgan de todo peor que los demás.» Una ignorancia juiciosa vale mas que un saber presuntuoso: el hombre cuerdo conoce su debilidad, se la dice á sí mismo y desconfía, al paso que un sábio á medias se envanece por lo que sabe, se arroga una instruccion de que carece, y sin tener aquella prudente detencion que inspira

el buen juicio, ni las luces que dá una ciencia profunda, se entrega á los falsos brillos de su imaginacion y se extravía. No es ciertamente el mas ignorante aquel que nada sabe, sino aquel que sin saber cree saber; de lo que provienen las mas funestas y ridiculas pretensiones. ¿Cómo podré yo con una ligera tintura de las humanidades arrogarme el derecho de juzgar de los antiguos y de los modernos, como podria hacerlo el mas profundo literato, y con solo un ligero estudio de las leyes creérme jurisconsulto tan consumado como Cayo ó Papiniano, Domat ó D' Aguesseau? ¿Cabe esto en un hombre juicioso? Y ¿no me pareceria yo á aquel que estando al pié de la montaña creyese disfrutar de un horizonte tan dilatado como el que se hallase en su cumbre? Júzguese ahora del concepto que merecen esos entendimientos temerarios, que sin conocer la religion mas que por pinturas falsas, y vanamente confiados en algunos antiguos argumentos y algunos descubrimientos nuevos, se toman la libertad de combatir el Cristianismo, y se exponen á calumniarle sin conocerle. ¿Cómo se atreven á decidir á favor de la incredulidad y contra la religion, con solo un escaso conocimiento de ella, de sus fundamentos, de su doctrina y de su historia?

¿Querria nadie conducirse con tan lastimosa ligereza en los negocios en que se interesa el honor, la vida y la fortuna?

La cuarta clase de nuestros errores es á veces la misma ciencia. ¡Felices por lo general aquellos cuya memoria enriquecida por un largo estudio, es como una mina inagotable de que pueden sacar tesoros siempre nuevos! Cuando un juicio sólido y un talento de temple superior dirijan la erudicion, producirá obras apreciables, pero la misma erudicion podrá ser para el talento débil una carga que, digámoslo asi, le abrume. No basta poseer un caudal de conocimientos; es preciso que el entendimiento tenga la fuerza necesaria para soportarlos, y bastante penetracion para discernirlos todos y saber darles su justo valor. Sin esto existirán los materiales, pero no el arquitecto capaz de formar con ellos la obra.

La ciencia sin el juicio solamente servirá para extraviar al que la posea, para ofuscarle y deslumbrarle con mil resplandores opuestos, de modo que no acierte á discernir la verdadera. Así como ha habido excelentes gramáticos que no han pasado de escritores medianos, hemos visto tambien grandes eruditos que han sido criticos muy débiles y han caido en errores pueriles, porque su juicio no estaba al nivel de su memoria, y engolfándose en un laberinto sin fin no han tenido el hilo conductor que los dirigiese. Solo de este modo puede concebirse como el famoso Padre Hardouin, uno de los hombres mas sabios que se

han conocido, cayese en extravios que han excitado lástima y risa, y como á su imitacion, y aun excediéndole, han caido otros eruditos de nuestros dias, en sus discursos acerca del divino fundador del cristianismo, en errores todavia mas ridiculos y por desgracia mas funestos.

Pasemos ahora á la quinta causa de nuestros errores, que es la mala aplicacion de los principios de verdad. El entendimiento humano se ejercita en diversas clases de conocimientos, y extiende su dominio no menos al mundo intelectual que al fisico; por todas partes busca la verdad, y solo cree poseerla cuando se siente herido de una luz tan viva y tan penetrante que no puede evitarla. Esta conviccion íntima del entendimiento es lo que en nuestra opinion llamamos certeza, pero es preciso que observemos que cada clase de conocimientos tiene tambien su clase particular de pruebas. Esto merece explicarse por medio de algunos ejemplos. Que un niño debe amar á su madre, que en Italia existe una ciudad que se llama Roma, y que la circunferencia de un circulo es tres veces mayor que su diámetro, son tres cosas igualmente ciertas para nosotros; de modo que seria una proposicion irritante y contraria al sentido comun decir que es cierto que la circunferencia es tres veces el diámetro, pero que es solo verosimil que exista Roma, y nada mas que probable que un hijo deba amar á su madre. Nuestra conviccion es la misma é igual nuestra certeza sobre estos tres puntos, pero los medios de producirla en nuestra alma son del todo diferen-

tes; pues no probamos el deber de la piedad filial por el cálculo, la existencia de la ciudad de Roma por el sentimiento, ni las proporciones del diámetro á la circunferencia por el testimonio humano. Cuidemos, pues, de no aplicar á una clase de conocimientos la especie de pruebas que no le sean propias, y no busquemos las operaciones geométricas en objetos que no sean susceptibles de ellas.

Todo el mundo cree en la existencia de Carlo-Magno y de César tan firmemente como se puede creer en una proposición de Euclides, y sin embargo, no se adquiere el convencimiento de estos hechos históricos por demostraciones geométricas. Pascal ha observado que la geometría se funda en principios de una evidencia palpable, pero que hay cosas más sutiles y delicadas, que se sienten más que se ven, y que sería una ridiculez tratar geoméricamente. Cuantas veces quiera un algebrista aplicar su ciencia á las cosas de puro sentimiento, de gusto y autoridad, á la moral ó á la historia, el literato y verdadero crítico se burlará de sus vanas teorías, como él mismo tendría derecho de burlarse del que quisiese resolver sus problemas por las reglas de la moral. Diremos, sin embargo, aunque de paso, que todas las ciencias humanas se refieren á una ciencia primitiva, á saber, la de los principios ó la metafísica; y que solo se llega á las verdades geométricas pasando por otras verdades anteriores, cuyo sentimiento existe en todos los entendimientos, de modo que la certeza de aquellas supone ya la certeza de estas; por lo cual los que han asegurado que nada hay

cierto más que las matemáticas, no saben lo que han dicho.

Estamos ya en la sexta causa de nuestros errores, la preocupacion. Hay personas de tal modo dominadas por ciertas ideas que les son peculiares y que miran como un descubrimiento propio, que llegan á ser como inaccesibles á cualquier otro pensamiento, absorbiéndose en ellas de tal modo sus facultades, que parece que no les queda para las demás sentimiento ni inteligencia; esto es una especie de obcecacion del entendimiento. Si alguna vez se ocupan de materias diferentes de aquellas que son el objeto exclusivo de sus afecciones, siempre es con distraccion, sin aplicarse y sin capacidad para penetrar otras proporciones más recónditas y ciertos visos más delicados que importa mucho percibir: de aquí provienen las nociones imperfectas que son el origen de los juicios errados. ¿Y hasta qué punto no puede extraviarse la razon, si se une á esta preocupacion el espíritu de sistema? Generalmente se inclina el hombre sábio á la formacion de teorías generales en la investigacion de las causas segundas que rigen el mundo físico y moral, y muy frecuentemente suele crearlas antes de haber reunido y comprobado el suficiente número de observaciones. Dispuesto ya de este modo el entendimiento, se obstina en su opinion, la hace objeto de su gloria hasta infatuarse con ella, ve solamente lo que la favorece sin hacer caso de cuanto haya en contrario, y acomoda los hechos á su sistema, no su sistema á los hechos. De este modo quiere que la experiencia, los

monumentos y el raciocinio sirvan á sus ideas favoritas; y hé aqui lo que ha producido tantos sueños políticos, que dehiendo hacer la felicidad del género humano, no han sido mas que su espanto y su azote, como igualmente todas esas novelas acerca de la naturaleza, que se ha intentado hacer pasar por su historia.

Es preciso observar, que los objetos en que se fija nuestra vista se nos presentan bajo diferentes aspectos, y que una de las mayores faltas que se pueden cometer es no examinarlos bajo de todos ellos con la mas detenida atencion, como que de su conjunto depende la exactitud del juicio que hemos de formar de ellos.

En las cosas humanas, por ejemplo, en lo relativo á las formas de gobierno, á las instituciones, á las leyes y á los negocios de la vida civil, todo tiene sus ventajas y sus inconvenientes: el que solo mira las primeras, se expone á tomar el partido mas funesto, y tal vez abandona el mas útil aquel que solo considera los segundos. ¿Qué hace, pues, en este caso el hombre prudente para escoger con acierto? Pesa en la balanza de la equidad los inconvenientes y las ventajas, no se deja deslumbrar de estas ni intimidar por aquellos, y así puede decidirse con alguna seguridad.

Pongamos, para mas aclarar este punto, algunos ejemplos de las diversas preocupaciones del entendimiento. Observa un publicista la influencia de los climas en el temperamento, en la organizacion, en los hábitos físicos, y por consecuencia en el carácter, las costumbres y las leyes: impresionado de esta idea procura profundizarla, y por último, forma de

ella un sistema. Ya está preocupado, y no advierte ó no quiere advertir hasta qué punto pueden la religion y la educacion, la política, el comercio y las conquistas modificar, alterar ó borrar del todo aquellas primeras disposiciones, y queriendo explicarlo todo, tanto las virtudes como los vicios de los pueblos, por la influencia de los climas, cae en un extremo; y la observacion que contenida en unos justos límites es una verdad muy útil, se convierte en una paradoja por llevarla demasiado adelante.

Tal moralista atiende solo á la letra y al rigor de la ley, mira las cosas en la especulativa y no en la práctica; y sin miramiento alguno á la fragilidad humana, sin atender á las circunstancias de la edad, del temperamento y del engaño, que pueden templar la regla en su aplicacion, cae en un rigorismo que, desanimando al culpable, será mas funesto acaso que las opiniones mas laxas. Tales y de tanta trascendencia son ó pueden llegar á ser los errores engendrados por las preocupaciones del entendimiento.

BREVE DEL PADRE SANTO.

A los amados hijos Agustin Malo y Algár, presidente, á los demás misioneros de la Orden de San Francisco y á los católicos residentes en la ciudad de Mogador, imperio de Marruecos.

Amados hijos, salud y apostólica bendicion.

Con gran alegría de nuestro corazón hemos recibido vuestra carta y filiales

afectos, que Nos habeis enviado, con motivo del trigésimo aniversario, en que, por la voluntad de Dios, fuimos elevado al Sumo Pontificado de la universal Iglesia. Nos hemos alegrado, á la verdad, en vosotros, al observar que el respeto y amor hácia el Padre comun de los fieles están profundamente grabados en vuestras almas; y no dudamos que vosotros, animados siempre de este mismo espíritu, nada tendreis en más estima en estos tiempos de iniquidad, que el aumentar en Nos este mismo consuelo, procurando el bien para todos con resolución y ánimo cristiano, con que manifesteis constantemente que sois dignos hijos de la Iglesia, por vuestro celo, por vuestra fé, caridad y santidad. Entre tanto, y despues de espresaros nuestra inmensa gratitud por vuestro amor filial hácia Nos, rogamos al Señor se os muestre siempre propicio, os conforte con su divina gracia, y haga benigno que los que se hallan sentados en las tinieblas y sombras de la muerte, entren felizmente ahí mismo en el puerto de la verdad y de la salud.

Sea, pues, el mensajero de todas las gracias, y la prenda de nuestra paternal benevolencia, la bendicion apostólica que á vosotros, amados hijos, á todos y cada uno damos en el Señor.

Dado en Roma, en San Pedro, dia 31 de Julio de 1875. De nuestro Pontificado año trigésimo.

PIO PP. IX.

NUESTRAS GRANDEZAS.

Mirase el siglo XIX en el espejo de sus adelantos materiales, y, al contemplarse tan hermoso, tan brillante, tan engalanado, sonrie ante sus propios encantos, admiralos satisfecho, y acaba, al fin, por enamorarse de sí mismo como el Narciso de la fábula. Y, como todo buen enamorado, no vé en el dueño de sus pensamientos sino toda clase de perfecciones, sin mezcla de fealdades y miserias. Fealdades y miserias le espantan, le horrorizan, le hacen daño. Ocúltalas con espléndido ropaje, como una vieja verde oculta sus arrugas con cosméticos y afeites. No quiere oir hablar de ellas; tilda de oscurantista, de ignorante, de apagaluces al que se las pone á la vista, y, para no verlas, se mira de tal modo al espejo, que éste solo le refleja las bellezas. Claro está que ni aun así puede ocultar sus miserias; pero, como es tan fácil creer lo que se desea con vivas ansias, concluye por creer en sus propias virtudes, y, envuelto en manto de oro, se proclama el mejor, el más grande, el más civilizado de todos los siglos. Ya no necesita de Dios ni de religion, antiguallas propias de otros tiempos. Ahora ya osa medir sus fuerzas con las del mismo Dios. ¡Oh miseria humana!

Cierto que en nuestra época son admirables los progresos de la industria, de la mecánica, y, en general, de todas las artes; pero, ¿puede esto compararse con las obras de Dios, con los mundos que pueblan el espacio, con las montañas que se elevan hasta el cielo con el Océano que ocupa la mayor parte del globo?

No puede negarse que honran la inteligencia humana el descubrimiento del vapor, de la electricidad, del para-rayos; mas todo esto, comparado con las maravillas de la creación, es seca arista que arrebatada el viento. ¿Hay, por ejemplo, alguna obra humana que pueda compararse con la obra de Dios referida en estas palabras: «Dijo el Señor *hágase la luz, y la luz fué hecha?*»

Grandes son, sin duda, en estos tiempos los progresos de las ciencias físicas y naturales, y sin embargo, ¿cuántas cosas no ignoramos todavía? ¿Cómo explican los sábios que del pequeño grano brote la planta con su flor y su fruto? ¿Cómo la misteriosa formación del estambre de la flor y sus matizados colores? ¿Cómo la unión del alma y del cuerpo, y tantas y tantas cosas todavía no explicadas por nadie?

Además, no parece sino que este siglo todo lo ha hecho sin el auxilio de las luces de los siglos anteriores, que por lo visto han vivido en medio de horrible barbarie.

La Ciudad de Dios, La Suma, de Santo Tomás, *La Divina Comedia*, los cuadros de los grandes pintores cristianos, las catedrales góticas, los descubrimientos importantes que se han hecho en todos los siglos, serán sin duda alguna miserables pequeñeces al lado de las grandezas de nuestra época, y acaso deban mirarse con el desden con que se miran en estos tiempos las cosas viejas, que al fin y al cabo vienen á deslustrar los gloriosísimos timbres de una edad en que solo es poderoso el oro, solo adorado el placer y solo digna de encomio la última moda.

No negamos, con todo, los verdaderos

adelantos de nuestra época, y aún de ellos deducimos la eterna gratitud que el hombre debe á Dios por haberle dotado de inteligencia. Lo que si no podemos ménos de condenar es que el hombre vuelva contra Dios tan preciosa facultad, incurriendo en negra ingratitud y atrayendo sobre su cabeza las iras del Señor, y por ende todo linaje de desdichas. Si el árbol frondoso que se ostenta lozano, gracias al jugo de la tierra, se desprendiera de esta, agostariase bien pronto, quedando convertido en seco leño.

El hombre, dotado de libre albedrío, criado á imágen y semejanza de Dios, destinado á altísimos fines, si se separa del Señor, á quien se lo debe todo, no se convierte en seco leño, pero cae en la esclavitud mas horrible que existe en el mundo, la esclavitud del pecado, engendrador de todas las miserias y todas las fealdades.

¿Hay nada más despreciable sobre la tierra que el hombre que, renunciando la soberanía que el espíritu debe ejercer sobre la materia, vive la vida de los brutos, sin acordarse que está hecho á imágen y semejanza de Dios? ¿Hay nada más horrible que las sociedades que todo lo proponen á los progresos materiales, á los goces del cuerpo, á las felicidades pasajeras de esta vida? Pues en esto consisten las grandezas de nuestros tiempos. Ya no están solo en los libros los errores. Como dice un ilustre escritor, están en los libros, en las instituciones, en las leyes, en los periódicos, en los discursos, en las conversaciones, en las aulas, en los clubs, en el hogar, en el foro, en lo que se dice y en lo que se calla. (Donoso CORTÉS, *Carta al Cardenal Fornari.*)

Consecuencia de la aplicación práctica de los errores son el culto que en todas partes se rinde á la materia, el frenesí con que se corre tras los mundanos goces, el lujo que pierde tantas familias, el abandono del hogar, la licencia de las costumbres, el desprecio de las prácticas religiosas, y sobre todo, la absurda independencia de que quieren blasonar todas las clases de la sociedad. De aquí nace la fuente de ese río de libertades que ha inundado la tierra; libertad de conciencia, libertad de enseñanza, libertad de imprenta, etc. etc. Nada hay sagrado, nada respetable, nada indiscutible sobre la tierra. Es un derecho inherente á la personalidad humana negar á Dios, burlarse de la Religión, atacar toda autoridad. El obrero y el fabricante, el maestro y el discípulo, el súbdito y la autoridad, todos son igualmente respetables.

La sociedad así constituida cree caminar al perfeccionamiento, cuando realmente á donde camina es al abismo.

Empezando por negar á Dios, por suprimir, como dice Augusto Nicolás, el orden de cosas celestiales que forma contrapeso al orden terrestre, este pierde todos sus fundamentos y se disuelve al menor choque. Por esto nunca ha habido mayores trastornos que en nuestros tiempos, ni nunca ha sido el hombre ménos independiente.

El que en su nécio orgullo cree que no depende de Dios, de todo depende; de sus pasiones bastardas y de sus instintos groseros, de su vanidad, de su lujuria, de su egoísmo, de todo lo que ata al hombre con cadenas de hierro al vicio y á la maldad.

Por el contrario, ¡cuán grande es el

que tiene á gala depender de Dios, y el que conociendo su pequeñez y su miseria, pone en Él toda su confianza, el que atraviesa el árido camino de la vida, mirando con desprecio los bienes perecederos y fija el pensamiento en los eternos!

¡Pobre sociedad nuestra, que cree engrandecerse apartándose de Dios! Vedla agitada por las olas de todos los errores, por los huracanes de todas las pasiones. Apenas si puede sostenerse en pié. Va de tumbo en tumbo como desdichado ébrio. Por querer igualarse á Dios, rebájese al nivel de los brutos. La *autonomía* del hombre, y toda la balumba de derechos con que nos aturden los oídos los modernos reformadores, conviértense á la postre en el dominio de la fuerza bruta, dominada á su vez por las pasiones de la carne.

Cuenta la Sagrada Escritura que Dios castigó la soberbia de Nabucodonosor convirtiéndole en bestia, en cuyo estado estuvo por espacio de siete años. Durante este tiempo, huyó el rey soberbio de la sociedad de los hombres y vivió constantemente en los montes, alimentándose de yerba y sufriendo el rigor de las estaciones. Y lo que de tan visible y elocuente manera sucedió con Nabucodonosor, sucede todos los días con las sociedades entregadas á la soberbia y á la concupiscencia. No se convierte hoy el hombre en bestia, que vaga por los montes y se alimenta de yerbas, y aguanta las intempéries del cielo; pero se convierte en bestia civilizada, si es lícito decirlo así; pone á servicio de todo lo material y terreno lo espiritual y lo eterno, la poesía y las bellas artes, la

razon y el sentimiento. ¡Todo al servicio de la bestia!

Lo que debiera tender su vuelo hácia las serenas regiones de lo infinito, se revuelca en el fango de la tierra; lo que debiera ennoblecer el alma, la rebaja; lo que debiera acercarnos á Dios, halaga los brutales instintos de la bestia.

Mucho oro, muchas riquezas, muchos goces; he aquí todo. Satisfáganse los apetitos de la bestia civilizada; lo demas, ¿qué importa?

Han caido los monasterios, asilos de la ciencia, refugio de la desgracia, monumentos del arte.

Hánse derribado muchos templos, moradas del Rey de Reyes, casas de oracion y recogimiento, testimonios insignes de la fé de nuestros mayores.

Ha desaparecido de nuestras catedrales el antiguo esplendor del culto, con sus mágicas bellézas y sus encantos indescriptibles.

En cambio todo sonrie á la bestia: la estampa obscena, el traje impúdico, el baile indecoroso, el teatro pagano cristiano.

Cada dia son mas maravillosos los adelantos materiales, y cada vez mas horrible el descenso moral.

Cada dia cree nuestro siglo llamarse con mayor razon grande, ilustre, civilizado; y cada dia se ostenta el mal con mayor descaro y la desvergüenza con mayor cinismo.

Si una sociedad es grande y civilizada cuando el refinamiento de la cultura supera la corrupcion de las costumbres; cuando los progresos materiales están hermanados con inmensa decadencia moral, no puede negarse que es grande y

civilizada nuestra sociedad, y aun podemos asegurar que ha llegado á la mayor grandeza á que puede subirse en la tierra, á la cúspide de la civilizacion, al *summum* de la felicidad humana.

URBANO FERREIROA.

CRÓNICA RELIGIOSA.

El 22 de Setiembre se abrió en Florencia un Congreso católico en la Iglesia de San Cayetano. Es el segundo Congreso de este género en Italia, pues el primero se celebró en Venecia. El señor Arzobispo de Florencia presidió la session inaugural, y el Obispo de Fiezoletto, el administrador de la diócesis de San Miniato, en Toscana, y monseñor Nardi concurren tambien á tan solemne acto.

Despues de la oracion del *Veni Creator*, el Arzobispo de Florencia pronunció un elocuente discurso, que ha sido muy aplaudido. En seguida el abogado Acquaderni expuso en una brillante alocucion las ventajas que se han conseguido por medio de estos Congresos, y concluyó haciendo un llamamiento á los miembros del segundo Congreso, para que coadyuven á que esta institucion se afirme más y más.

Concluido este discurso, leyó el mismo Sr. Acquaderni la lista de las personas á quienes pertenece presidir las sesiones, que son: Presidente de honor, el señor Arzobispo de Florencia, y presidente efectivo, el duque Salviati, nombrando despues los vicepresidentes.

Antes de sentarse el duque Salviati en el sitio que le estaba designado, se echó á los piés del Arzobispo pidiéndole su

bendición. Esta escena conmovió vivamente á todos los concurrentes. En el elocuente discurso que pronunció, protestó contra los periódicos que habían asegurado que el Congreso de Venecia no había producido resultado alguno, y al efecto enumeró las obras emprendidas ó patrocinadas por aquella asamblea. Demostró también que estos Congresos no tienen carácter político, y que al votar los católicos en las elecciones municipales, no obedecían á otro móvil más que á un sentimiento de fé y de piedad.

El secretario general leyó el siguiente Breve del Padre Santo

«A mis amados hijos, presidente y miembros del Congreso Católico italiano de Florencia.»

Amados hijos, salud y bendición apostólica.

Hemos sabido con vivísimo contento que dentro de pocos días os reunireis en Florencia para dedicaros al sosten y defensa de los intereses del Catolicismo. Nos, que hemos visto ya cuán fecundas y saludables han sido las deliberaciones de vuestro último Congreso, estamos seguros de que esta nueva Asamblea no será ménos provechosa para la Religión y buenas costumbres.

Para lograr este resultado, cuidado que no se introduzcan entre vosotros los falsos hermanos, es decir, aquellos que imbuidos en falsas ideas, no tienen en cuenta el carácter especial, la habilidad y la malicia de las actuales revoluciones; se creen prudentes, y dicen que pueden conciliarse principios contrarios, y que se puede por medio de tal ó cual pacto político llegar á la concordia entre los

amigos de la Religión y sus más encarnizados adversarios, como si para curar una llaga que penetra hasta los mismos principios de la vida fuese suficiente una cura ligera.

Hay también algunos que van esparciendo á los cuatro vientos la palabra «paz,» y que no conocen las condiciones de la paz, que solo se halla en la calma producida por el orden verdadero y perfecto. Mientras que hacen creer que son amigos de la paz, siembran la discordia entre sus hermanos, debilitan la fuerza de la unidad que nuestros enemigos tratan en vano de destruir, y, sin apercibirse de ello, favorecen lo mejor que pueden la causa de nuestros adversarios. Rechazad, pues, siempre lejos de vosotros las funestísimas asechanzas del Catolicismo liberal, las cuales inutilizarían vuestras fatigas y vuestro celo, esterilizarían vuestros esfuerzos ó disminuirían vuestro vigor. Conservaos siempre firmemente adheridos á la profesión de fé de vuestro último Congreso, tanto más cuanto que sabéis perfectamente que esta profesión está en todo conforme con el juicio de la Santa Sede, y que todos los que, confiados en sus propios sentimientos, se apartan de esta enseñanza, se alejan de la verdad.

Nos deseamos que todos vuestros trabajos alcancen felices resultados, y queremos que os ayude á obtenerlos la bendición apostólica que Nos os concedemos afectuosamente á todos vosotros, amados hijos, en señal de Nuestra paternal benevolencia.

Dado en Roma, en San Pedro, el 9 de Setiembre de 1875, trigésimo de Nuestro Pontificado.»

Terminada la lectura de este Breve, se levantó toda la Asamblea, dando repetidos vivas á Pio IX.

El duque Salviati propuso en seguida que se enviase un telégrama al Cardenal Antonelli, asegurando al Padre Santo que el Congreso se proponía firmemente seguir la ruta trazada en el Breve de Su Santidad.

Después de calmada la emoción de la concurrencia, el baron D'Ondes-Reggio subió á la tribuna, y pronunció un enérgico discurso contra los católicos liberales, los viejos católicos y los conciliadores, que son siempre cómplices de los hechos consumados.

La sesión terminó con la lectura de los personajes que han enviado su adhesión al Congreso, y de las cartas remitidas por asociaciones católicas de Francia, Alemania, Baviera, Prusia y Suiza.

Ultimo Mensaje que el Sr. Garcia Moreno, presidente de la república del Ecuador, habia escrito poco antes de morir, y que fué hallado entre sus vestidos manchado con su sangre.

Senadores y diputados: Entre los grandes beneficios que Dios hace á la república en la inagotable abundancia de su misericordia, estimo como el mayor de todos el de veros reunidos bajo su protección tutelar, á la sombra de la paz que nos concede y conserva, aunque no seamos ni podamos nada, ni sepamos responder á su bondad paternal más que con inexcusable y vergonzosa ingratitud.

Pocos años hace el Ecuador repetía diariamente las tristes palabras que Bolívar dirigía en su último Mensaje al

Congreso de 1830: «Me avergüenzo al confesarlo, la independencia es un bien único que hemos de adquirir al precio de todos los demás.» Pero desde que, poniendo en Dios toda nuestra esperanza, nos hemos apartado de la corriente de impiedad y apostasia por que el mundo se deja arastrar en esta época de ceguera, y nos hemos reorganizado en mil ochocientos sesenta y nueve como nación verdaderamente católica, todo va cambiando de día en día para bien y prosperidad de nuestra amada patria.

El Ecuador era ántes un cuerpo del cual se retiraba la vida, el cual se veía devorado, como los cadáveres, por esa multitud de asquerosos insectos, que la libertad de la putrefacción hace siempre que se desarrollen en la oscuridad del sepulcro; pero hoy, á la voz soberana que mandó salir á Lázaro de su fétida tumba, vuelve nuevamente á la vida, aunque todavía conserva las ligaduras y el sudario de la muerte, es decir, los restos de la miseria y de la corrupción en que estábamos envueltos.

Para justificar mis palabras bastará que os dé cuenta de nuestros progresos durante estos dos últimos años, remitiéndome á las informaciones especiales de cada ministerio en todo lo que concierne á documentos y pormenores; y á fin de que se vea con exactitud cuanto hemos adelantado en este período de regeneración, compararé el estado actual con su punto de partida, no para gloria nuestra, sino para glorificar á Aquel á quien todo lo debemos, y á quien adoramos como Padre y Redentor nuestro, como nuestro protector y nuestro Dios.

A la completa libertad de que goza la

Iglesia entre nosotros, y al celo apostólico de nuestros virtuosos Pastores debemos la reforma del Clero, la mejora de las costumbres y la disminución de los crímenes, hasta tal punto, que en una población de más de un millón de habitantes no se encuentra número suficiente de criminales para habitar la *penitenciaría*.

Debemos también á la Iglesia esas corporaciones religiosas que tan saludables frutos producen en la instrucción de la infancia y de la juventud, y que tantos socorros prodigan á los enfermos y miserables. Le somos también deudores de la renovación del espíritu religioso en este año de Jubileo y de santificación, y de la conversión á la vida cristiana y civilizada de nueve mil salvajes de la provincia del Oriente, donde en vista de su inmensa extensión urge establecer un segundo Vicariato. Si me autorizais á solicitar de la Santa Sede esta fundación, trataremos de promover el comercio de esa provincia, extirpando de ella, como se ha hecho ya, las especulaciones y exacciones violentas que á estos pobres habitantes hacen sufrir crueles é inhumanos traficantes. Sin embargo, faltan obreros, y, para formarlos como conviene, es justo que ayudeis á nuestro reverendo y celosísimo Arzobispo en la construcción del gran seminario, que no ha vacilado en comenzar, confiando en la protección del Cielo y en vuestra eficaz cooperación.

Nunca perdáis de vista, legisladores, que todas nuestras ventajas serán efímeras é infructuosas, si no fundamos el orden social de nuestra república sobre la roca siempre combatida y siempre firme de la Iglesia católica. La divina enseñanza

que ni los hombres ni las naciones pueden renegar sin perderse, es la regla de nuestras instituciones y de nuestras leyes. Hijos dóciles y fieles del venerable anciano, del Pontífice angusto é infalible á quien todos los poderosos abandonan, ahora que la vil y cobarde impiedad le oprime, hemos continuado enviándole cada mes el reducido socorro pecuniario que le habeis destinado desde 1873. Ya que nuestra pequeñez nos obliga á continuar siendo pasivos espectadores de su lento martirio, que reciba á lo menos este pobre don como prueba de nuestro afecto y prenda de nuestra obediencia y fidelidad.

Dentro de pocos días acabará el término del mandato por el que fui elegido en 1869. La república ha gozado de seis años de paz, únicamente interrumpidos durante algunos días en Riombamba, cuando la sublevación parcial de la raza indígena contra la raza blanca en 1872; y en estos seis años ha marchado resueltamente por el camino del verdadero progreso, bajo la visible protección de la Providencia. Ciertamente hubieran sido mayores los resultados obtenidos, si yo poseyese para gobernar las cualidades que me faltan, por desgracia, ó si, para hacer bien, fuese bastante desearlo con ardor.

Si he cometido faltas, os pido mil y mil veces perdón; y lo pido con sinceras lágrimas á mis compatriotas, persuadido de que mi voluntad no tuvo parte en ellas. Si, por lo contrario, creéis que en algo he obtenido éxito feliz, atribuirlo en primer lugar á Dios y á la Inmaculada dispensadora de los inagotables tesoros de su misericordia; después á vosotros

mismos, al pueblo, al ejército y á todos los que, en los diversos ramos de la administracion, me han secundado con inteligencia y fidelidad en el cumplimiento de mis dificiles deberes.

Quito, Agosto de 1875.

GABRIEL GARCÍA MORENO.

Se ha fundado en Rodez un Circulo católico de obreros. La noticia de su creacion ha sido muy bien acogida por los operarios de las fábricas; y el secretario de la obra recibe todos los dias muchas cartas, en que le prometen prestar concurso para el mejor resultado de tan laudable propósito.

El departamento de Aveiron, cuya capital es Rodez, es una de las pocas provincias del país vecino que han conservado sus tradiciones religiosas y nacionales. Allí, como en ciertas partes de la Bretaña y de la Vendée, es oido el Clero, ejerciéndose su bienhechora influencia en esas poblaciones, que lo respetan y aman.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve y media, misa conventual. Por la tarde, á las cuatro, mesada del Rosario con sermon que predicará D. Vicente Morell, teniente cura de la misma. En Santa María, á las ocho y media, misa mayor. En la Virgen de Gracia, á las ocho, misa de renovacion.

Martes.—En las Agustinas á las ocho misa de renovacion, y por la tarde á las cuatro menos cuarto, el Diez y Nueve de S. José, con sermon.

Jueves.—En las Capuchinas, á las seis y media, misa de renovacion, y por la tarde, á las cuatro, trisagio.

Sábado.—En la Colegial, á las ocho, misa de renovacion. Por la tarde da principio la novena del Arcángel S. Rafael, á las cuatro, con rosario, sermon que dirá D. Andres Oliver, teniente cura de la misma, novena y gozos.



QUINTO ANIVERSARIO.

D. ANTONIO CAMPOS Y CARRERAS

fundador del SEMANARIO,

Falleció el 16 de Octubre de 1870.

Sus padres, hermanos, tíos, primos y demás parientes, suplican á sus amigos se sirvan encomendar su alma á Dios y asistir al quinto aniversario que tendrá lugar hoy en la insigne iglesia Colegial de San Nicolás, de lo que recibirán especial favor.

Alicante 16 de Octubre de 1875.

ADVERTENCIA.

Algunos suscritores nos preguntan si deben abonar al cartero el cuarto que era costumbre por el reparto de la REVISTA, á lo cual contestamos que nó segun las disposiciones vigentes en el ramo; y nos conviene hacer constar esto con tanto mas motivo, cuanto que algun suscriptor se ha retirado por aquella indebida exigencia.